

La esperanza como capacidad humana y calidad sacral. Revisión antropológica y metafísica del esperar

RESUMEN

Esperanza, paciencia, confianza, fe, autosuficiencia, antes que palabras, son estados sagrados y esenciales del hombre; son contrarias a la certeza, a las palabras vacías que se repiten sin razonar, sin siquiera sentir algo. Esperar lo mejor no es quedarse quietos. Esperar implica aguardar en algo y en alguien que asiste la coyuntura. El presente proyecto pretende analizar a fondo la esperanza como capacidad y como calidad sacral del ser humano, contribuyendo a una interpretación del mundo y de la vida contemporáneos en clave de esperanza.

PALABRAS CLAVE: Esperanza, ser humano, capacidad, testimonio, calidad.

SUMMARY

Hope, patience, confidence, faith, and self-reliance are both sacred and essential states of men. More than words, they are contrary to certainty, to an empty talk that is repeated without reasoning, without even feeling a thing. To expect the best isn't to stand still. To expect implies to wait-oneself in a thing or somebody that aids the joint. The current project aims to analyze deeply the Hope as a faculty and as a quality of the human being, contributing with an interpretation of the world and contemporary life in key of hope.

KEY WORDS: Hope, human being, faculty, testimony, quality.

INTRODUCCIÓN

La esperanza es una capacidad, una potencia del hombre, una especie de hábito sacro que vive, incluso, en el que se declara nihilista. Los mundanos dirán que los acontecimientos son cuestión propia del destino, de la vida; el materialista apuesta a la esperanza únicamente como posibilidad lejana. El esperanzado confía, y, a su confianza, la denomina, según su cosmovisión, fe, optimismo, o, a la luz de la posmodernidad, actitud positiva. Frecuentemente, el esperanzado no sabe nombrar el acontecimiento deseable, mucho menos de quién vendrá; solo espera que algo cambie a su favor. En ese sentido, el esperanzado es irracional en cuanto al contenido y sentido de esperar, quizás no sepa esperar, pero aguarda a que pase el tiempo, y, con él, venga algo bueno. La esperanza es un fenómeno trascendente y no debe ser un mero estado de ánimo, mucho menos es, como dijera Nietzsche, “el peor de los males, pues prolonga el tormento del hombre. Por otro lado, es fundamental aguardar y tener esperanza permanentemente y no como una instancia final. Lejos de parecerse a una tabla de náufrago de la que no queda más que aferrarse en la marea, la esperanza no se reserva para el final de los acontecimientos; habita en el hombre desde que hace uso de su razón.

La mayoría de sucesos denominados “negativos” para el hombre devienen, de forma inesperada, tomándolo por sorpresa, por lo que, a veces, resulta vano anticiparse a lo que no se puede calcular, a lo que solo se intuye de forma general, como la muerte o la enfermedad.

La esperanza es un acto dual, es tanto sagrado, misterioso e incuestionable como producto del ejercicio de la razón que la confirma y advierte que la circunstancia no necesariamente tiene carácter negativo por adverso que parezca. Así mismo, en caso de que la circunstancia le sugiriera un vaticinio nefasto y definitivo, el esperanzado aguarda la ayuda de lo sobrenatural, lo extraordinario, incluso, de lo que puede definirse como milagro, “suceso que se da fuera del curso regular del orden natural, producido por la intervención inmediata de Dios” (Haag, van der Born & de Ausejo, p. 1250). La calidad de sacralidad del hombre se fundamenta, entre otras cosas, en su naturaleza de esperanzado. La esperanza no se queda en el concepto peyorativo que muchos ven en ella, como lo último, como lo que aparece después de

lo cierto, de lo que pudo ser y no fue, de lo posterior al talento y a la destreza que fueron fallidos.

Una característica sustancial de la esperanza es que se invoca como aliento al sufriente, que se enfrenta continuamente a la ciencia, al vaticinio pesimista y nefasto de las personas, al diagnóstico médico que le descarta posibilidades de curación, alivio o supervivencia, al pronóstico que le sugiere una estadística de ocurrencia frecuente, a la tendencia, a la normalidad. La esperanza y su confirmación en hecho favorable es vista por muchos insensibles como anormalidad, casualidad y evento exótico; pocas veces es vista como devenir sagrado, producto de un orden sobrenatural, un merecimiento volitivo por la virtud o por el favor del creador. Aun viendo moverse a la montaña o retroceder el mar, el incrédulo persiste en su justificación terrenal; por el contrario, el esperanzado mira al cielo y sonríe agradecido.

En un intento por explicar al desesperanzado y sus porqué, surgen algunas preguntas: ¿Su estado es producto del desencanto, del desengaño, de la frustración que le produjeron hechos previos y definitivamente fallidos? ¿qué le faltó?, ¿haber crecido en doctrina, en fe, en paciencia? ¿el desesperanzado habla desde su experiencia? Advirtamos que la esperanza ni siquiera parece un concepto extraviado, para muchos está olvidado. ¿De dónde viene y qué explica la desesperanza? ¿viene de la sociedad del sin tiempo? Algo es relevante de considerar: la esperanza puede también ser contagiosa, puede aludirse, estimularse e invocarse en la formación humana. Evocando a Aristóteles: “la esperanza es el sueño del hombre despierto”. Ese hombre despierto se vale de la razón como capacidad otorgada por su creador. Es la esperanza, una calidad excelsa y poco apreciada en la contemporaneidad.

La esperanza no es reconocida como capacidad humana ni como cualidad esencial del hombre, ni como virtud que el hombre puede incentivar. La esperanza se abandona en la espontaneidad (el ser puede esperanzarse o no), sin embargo, ahí está como semilla de todos los seres; unos la conciben como producto de la fe depositada en su Dios, mientras que otros disfrazan con ella su optimismo. La esperanza se puede y debe enseñar, testimoniar, y, en esa medida, fomentar. La esperanza es un misterio invaluable, es característica evidente del que cree que sus acontecimientos no se deben ni a la suerte, ni a su experti-

cia en una labor. Antes que las habilidades está la esperanza, incluso, la misma esperanza se puede concebir como habilidad desarrollada, una vez se descubre en cada persona. “Aquí estamos en un modo esperanzado y esperanzador”, es decir, el hombre está para creer, para esperar, y, al mismo tiempo, para dar mensajes de esperanza a su prójimo. Consideremos también que hay esperanzados no confesos, ¿por qué no lo reconocen?, pareciera que declararse esperanzado y ser esperanzador sugiriera debilidad por aceptar que el favor viene de otro que no soy yo y que no implica mi esfuerzo o, conocimiento o pericia, “uno más que yo”. Así mismo, esperanzarse en un Dios, en un ser superior, puede circunscribirte en calidad de creyente y eso de creer, confiar y esperar supone el reconocimiento de lo divino, de la sagrada, de un creador y un creado, concepción que, en la Modernidad, muchos pretenden aniquilar.

Para el hombre, que en *status viatoris* experimenta ser esencialmente criatura, el “ser que aún no es” de su propio existir, solo hay *una* respuesta a esa experiencia. La respuesta no puede ser la desesperación, pues el sentido de la existencia creada no es la nada, sino el ser, es decir, la verdad.

La contestación no puede ser tampoco la descansada seguridad de poseer, pues entonces el “ser que se hace” de la criatura bordea peligrosamente la nada. Ambas, la desesperación y la seguridad de la posesión, contradicen la verdad de los hechos reales. La única respuesta que corresponde a la situación real de la existencia humana es la esperanza. La virtud de la esperanza es la virtud primaria correspondiente al *status viatoris*; es la auténtica virtud del “aún no” (Pieper, 2017, pp. 261-262).

Tomaré como eje permanentemente, en este artículo, dos textos que aluden a la reclusión y la persecución en la historia reciente y cómo fueron aliviadas y superadas por la buena fundamentación de la esperanza. Me refiero al libro *Contra toda esperanza* de Nadiezhda Mandelstam y al clásico referente de resiliencia y esperanza de Viktor Frankl, *El hombre en busca de sentido*. Las dos obras arrinconan al ser humano y le generan la anticipación de su muerte, previa adversidad y maltrato.

Siempre hay razones y fundamentos para esperar, de distinta índole, sociales, teológicos, filosóficos, testimoniales y casuísticos, incluso científicos. Mas, en lo que fundamentalmente quiero insistir es en el carácter inmanente, esencial y espontáneo de la esperanza que subyace, frecuentemente, ante la circunstancia contraria, subyace porque está dentro de cada quien. La principal razón habrá de ser, incluso, meramente, la del propósito de vivir, o la vida como propósito, y, ante la adversidad, la aceptación de esta como implícito en la vida humana sin que ello signifique fatalismo o conformismo, sino entendimiento y conocimiento de lo que significa vivir.

Nadie está obligado a esperar, pero todos estamos invitados a esperar, no solo como una funcionalidad social que permita el buen relacionamiento, la suspensión y permanencia en la vida, el fluir con buen ánimo, la confianza y el optimismo social, sino como característica fundamental del hombre que, al ejercerse, lo hace sensible y recíproco con lo que le rodea y lo remite a su creación y existencia.

Es imperante un acuerdo unívoco de la esperanza a partir de la experiencia y también de la esencialidad y sacralidad del hombre, de modo que esta reflexión conduzca a recuperar la esencialidad, el ejercicio y la vigencia de esta cualidad inmanente en las personas.

CONCEPCIONES CLÁSICAS DE LA ESPERANZA

Como ocurre con tantas expresiones a las que se alude sin pensar, la esperanza cae en la enunciación genérica para llenar un vacío circunstancial cuando el hombre se enfrenta a la adversidad o al sinsentido. Entonces, ante las preguntas afanadas como ¿ahora qué sigue?, ¿ahora qué hago para estar bien o mejor?, ¿quién vendrá en mi auxilio?, el hombre se apega al consejo de quien primero le sugiera que “el tiempo se encargará”, o se responde apresuradamente y sin saber lo que dice: “solo queda esperar, solo queda tener esperanza”. Ante este manido recurso, es fundamental aclarar y reflexionar el término y los fundamentos semánticos, teóricos e históricos que existen sobre la esperanza, que no puede quedar secuestrada, ni ser divulgada a la ligera por algún *ismo*. Así, debemos evidenciar la esperanza como una

cualidad y capacidad humana permanente, fecundable, posible de testimoniar, y, como si fuera poco, de carácter sagrado.

El término griego *Elpis* proviene de la raíz *vil* (del que proceden *volare* y *wollen* o “querer” en latín y en alemán respectivamente, así como *voluntas*, ‘voluntad’...) y evoca deseo, impulso, voluntad. En cuanto al término latino *Spes*, proviene de la raíz *sp* (del que derivan *specio* o mirar, *spatium* o espacio, *spirare* o espirar...) y evoca extensión, despliegue, dirección... Tiene que ver con “respirar” (Arregi, 2015, p. 27).

Describir la esperanza como un deseo y una voluntad sugiere una acción futura, deseable en cuanto a que mejore y supere un presente no favorable. *Spatium* alude a extensión, lo que denota horizonte temporal en el que el nuevo acontecimiento se dará (en el que la esperanza se concretará en suceso).

En cuanto al concepto de la esperanza, abordemos las cuestiones primordiales: qué es y cómo definirla. Bloch ofreció un concepto ligado a su filosofía del hombre que debemos considerar:

Espera, esperanza, intención hacia una posibilidad que todavía no ha llegado a ser: no se trata sólo de un rasgo fundamental de la conciencia humana, sino, ajustado y aprehendido correctamente, de una determinación fundamental dentro de la realidad objetiva en su totalidad (Bloch, 2004, p. 29).

Planteo una hipótesis que puede coincidir con Bloch, es la de que esa calidad constitutiva intrínseca de tener la esperanza permanentemente no es ajena a refinarse y mejorarse, de hacerse más presente en la actividad de los humanos, llegando, incluso, a testimoniarse y enseñarse (ajustarse y aprehenderse). De allí que muchos de nosotros no podemos enunciar que hemos alcanzado el estado final sobre la esperanza, quizás muchos estemos en la búsqueda del sentido de la esperanza y ello, en sí, ya es mucho mejor que desesperanzarse.

Hay algo fundamental sobre la esperanza, pero que frecuentemente perdemos de vista: la esperanza es un verbo infinitivo y reflexivo, es decir, puedo esperanzar (a otros) y esperanzar-me. Con esta afirmación, llamo la atención sobre la esperanza como estímulo que no viene

únicamente de afuera, de un semejante que nos quiera alentar. En cada uno yace un fundamento para esperar lo mejor y acorde a un propósito natural y universal, es el hecho de infundirse esperanza, distinto a ilusionarse.

Enuncia Fernando Rielo, filósofo español, fundador de los Misióneros Identes, en su libro *Concepción mística de la antropología*, cómo la esperanza es una capacidad: “Por eso, todo ser humano tiene deseo, aspiración y sed de Absoluto; tendencia al bien, a la verdad y a la hermosura; capacidad de amar, creer y esperar” (Rielo, 2012, p. 56).

¿Por qué habremos de esperar lo bueno? El sincretismo religioso concurre en los que esperamos el bien, la posibilidad, la virtud, el crecimiento, la buena convivencia, la prosperidad, el orden, y, ante todo, la mirada compasiva de un creador, de una naturaleza, de una deidad que está en permanente concurso con nosotros, los creados. El hombre espera no quedarse solo y saber que no lo estará (confianza) es la certeza que lo sostiene para que pueda realizar actos buenos en relación. El hombre se sostiene en la fe y en la esperanza, incluso, antes de invocarlas y demandar de ellas su auxilio, entre otras cosas, porque no hay derrota mientras haya esperanza. Estoy convencido, entonces, de que nadie se queda insatisfecho en la espera, el buen transcurrir de la espera recae sobre quien es paciente, quien ejerce una espera fundamentada en la paciencia, en consecuencia, será un paciente que no sufre, sobrelleva confiado. La paciencia es el buen estado del esperanzado que tiene conciencia del tiempo para la ocurrencia de lo esperado. La esperanza se hace solícita casi en el mismo momento de la adversidad, la posibilidad de revertir el acontecimiento adverso subyace del cultivo espiritual y el carácter trascendente del reclamante.

El amoroso no pone una “buena cara” porque sí; el amoroso se fundamenta en el bien y reconoce los acontecimientos y la relación con los hechos como parte de la vida y el acontecer de la naturaleza, y no como castigo o prueba del creador o esa naturaleza. Por otro lado, el creyente es consciente de que todo acto doloso, se puede controvertir, desafiar, traducir y hasta controvertir, como dice Laín Entralgo sin importar “el modo de su esperanza histórica”:

El cristiano espera como persona, cualquiera que sea el modo de su esperanza histórica, porque cree en la misma promesa en que San Pablo y San Juan creían. Y piensa, en consecuencia, que los actos de amor fundados en tal creencia son la vía más idónea para el mantenimiento de la esperanza en una postrimería judicativa y salvadora. Esperanza que, podría ser compartida por todos los hombres de “buena voluntad”, puesto que, como dice el propio San Juan, la luz de Dios “ilumina a todo hombre que viene a este mundo” (1993, p. 213).

Ningún bien material puede fundamentar la esperanza, ningún capital monetario o estatus social es razón suficiente ni fundamento para un buen esperar. Los bienes del mundo y la riqueza material, a diferencia de la esperanza, sugieren posibilidades, pero estas posibilidades son agotables y no implican bondad de lo esperado. Así las cosas, la riqueza atesorada no es, en sí misma, esperanza y bienestar, es tan solo una sensación, nunca una certeza. Bien lo recitó Alejandro Magno:

Según cuenta Plutarco (*Vidas paralelas*, Alejandro, 15), cuando Alejandro Magno estaba a punto de iniciar su gran expedición que sería de conquista apenas contaba con bienes personales y los que tenía los distribuyó entre los amigos. Como ya había gastado y borrado de la lista de sus propiedades casi todos los bienes reales, Pérdicas le dijo: “Para ti, mi rey, ¿qué es lo que dejas?”. Él respondió: “Las esperanzas” (Gómez, 2007, p. 99).

He venido sugiriendo que el esperanzado no solo se guarda en lo que viniere de la trascendencia, de la naturaleza o su deidad; en el esperanzado recae, como mínimo, la acción de esperar, que, de por sí, no es cualquier menester. Esperar, y no de cualquier manera (con paciencia), pero también recae en el esperanzado la necesidad de determinar y apuntar a una meta, a un propósito, a un estado virtuoso y de bienestar y emprender el camino. Dicho de otra manera: el esperanzado debe preguntarse hacia dónde se dirige para estar bien o mejor, y, luego de ello, confiar en el propósito divino y universal. Benedicto XVI propone una “esperanza fiable”:

Se nos ofrece la salvación en el sentido de que se nos ha dado la esperanza, una esperanza fiable, gracias a la cual podemos afrontar

nuestro presente: el presente, aunque sea un presente fatigoso, se puede vivir y aceptar si lleva hacia una meta, si podemos estar seguros de esta meta y si esta meta es tan grande que justifique el esfuerzo del camino (*Spe salvi* No. 1).

Todo ser humano se ha sentido al límite de la desazón y la desesperanza. Tú y yo hemos vivido situaciones aciagas, nos han pasado, traspasado y sobrepasado, sin duda de ello damos cuenta, como Viktor Frankl en reclusión: “No teníamos tiempo, ni ganas, para consideraciones morales o éticas. Nos aferrábamos a un pensamiento obsesivo: seguir vivos para volver con la familia o salvar a un amigo” (2015, p. 35).

En el relato de Viktor Frankl se plantea, quizás, el extremo de las circunstancias por la que se acude a la esperanza: la vida misma. No se hablaba, en muchos, casos de mejorar las condiciones de reclusión ni la mejora en los tratos, es más, se llegó a perder de vista la libertad como circunstancia urgente y necesaria para bastarse, al menos, con la esperanza de vivir. Es como si se plantease, en el caso aseverado, una especie de categorización de la esperanza: esperanza de comer hoy, al menos hoy; esperanza de no ser golpeados hoy, al menos hoy; esperanza de que el clima sea mejor hoy, al menos hoy; esperanza de ver a mi familia, cuando sea, verle, pero, ante todo, esperanza de seguir con vida hoy, al menos hoy. Así, el presente se hace también futuro inmediato, y cada segundo por venir se espera como acontecimiento; vivo esperando, espero viviendo.

No hay esperanza sin promesa porque, de hecho, la promesa viene de la creencia en quien sugiere que todo estará bien. El naufrago, aun vulnerado, se aguarda conscientemente en su circunstancia, que incluye tanto la adversidad como la evidencia de que aún está vivo, y eso supone la conciencia de la posibilidad de seguir vivo si se aferra a su tabla o si bracea para no hundirse. Continúa Ortega y Gasset: “La conciencia de naufrago, al ser la verdad de la vida, es ya la salvación” (2014, p. 129).

¿Con qué otro recurso ejercitamos la esperanza si no es con la conciencia y el discernimiento? La razón, como lo vengo sugiriendo, es elemento que diferencia al hombre de los animales, de allí que se hace urgente una disposición para entender ese misterio salvador. Así

que, si bien planteo la esperanza como sacralidad de característica inmanente, esta no se manifiesta por sí sola y de manera espontánea. La esperanza, por decirlo así, ha de ser invocada por el que padece la contravía, y, en esa solicitud, el mismo que invoca reconoce su vulnerabilidad, el acontecimiento que le aliviaria, y, fundamentalmente reconoce de dónde viene el favor que le urge, su creador, naturaleza o deidad.

Al respecto, coincide Aristóteles cuando afirma que “la esperanza es el sueño del hombre despierto”. En tal sentido, el hombre camina hacia adelante apoyado en la esperanza como prótesis que le acerque a un estado siempre mejor.

Entendamos, de una vez por todas, que el esperanzado está lejos de ser un iluso embelesado en la fantasía, que la esperanza ha sido citada, en textos sagrados, por cronistas, poetas y cantores, como un acontecimiento humano que coincide con la desgracia, es decir, sale como auxilio para conjurar un hecho desagradable al ser.

EL ESPERANZADO ¿UN FRUSTRADO?

Dejar de creer en lo bueno y bello por venir daría cuenta de un tránsito de esperanzado a desesperanzado, a un ser introvertido y amargado, contrariado y pesimista, un desesperanzado se determina como tal por la interpretación que hace en cuanto a que, según él, no hay sucesos a su favor. Esto sugiere otra cuestión: ¿será también que, a su vez, el desesperanzado siente que la vida le quedó debiendo? En cuanto a la esperanza como sentimiento posterior, podemos preguntarnos: ¿será acaso que quien se encuentra en estado de esperanza se reconoce en una instancia final? Es decir, ¿puede pensarse que quien siente que ya no le queda más que la esperanza, admite, al mismo tiempo, la ineeficacia de la ciencia o el acto humano en su favor, y eso lo hace un frustrado ante esas instancias terrenales? ¿El esperanzado puede terminar sintiendo frustración en la medida de que, al esperar algo más y mejor (que no llega), está reconociendo que su estado actual no es beneficioso? ¿En cuanto a esperar de lo que viene de afuera, de un suceso, podemos sugerir que el esperanzado siente que ha perdido su injerencia sobre los actos y ello le haga sentir menos valía? Enton-

ces, ¿al acudir a la esperanza, es claro que ya no puedo esperar de mí? La esperanza puede ser un sentimiento ocurrente al despertar o antes de dormir, también se puede esperar de forma urgente, inmediata, a mediano o largo plazo.

Es oportuno, en este momento en el que hablo de la esperanza como momento prometedor y halagüeño, sugerir que ella va de la mano de la resiliencia como concepto moderno, no obstante, la resiliencia puede suponer un fenómeno que se resume en el ajuste o interpretación de las circunstancias antes en contra y luego a favor por el individuo. En la resiliencia, hay también un misterio sacral, dicho de paso, por la oportunidad que constituye para auxiliar la incomodidad humana con un hecho o circunstancia.

La Divina Comedia pone en la entrada del Infierno esta consigna: “¡Abandona al entrar toda esperanza!” (Infierno, III, 9). Además, determina como pena y pesadumbre el hecho de que, en la vida humana, el deseo no incluya la esperanza de conseguirlo, es decir, el hombre tiene más cerca la desesperación que la esperanza: “*El castigo es desear sin esperanza*” (Infierno, IV, 41).

Este aparte es de una importancia fundamental puesto que recae sobre el ejecutante de la esperanza y su pretensión. La esperanza como advenimiento se aleja del capricho, del parecer subjetivo y hace referencia inmediata a lo conveniente a una voluntad superior y no a la mezquindad. Ahora bien, consideremos la posibilidad siempre factible de que el acontecimiento no se congracie con el “deseo” del que aguarda: ¿tendríamos así, ante nosotros, a un individuo incrédulo para siempre, un nihilista, un desesperanzado?, si así fuere, en primera instancia, consideremos posible hacer reversible ese estado con la enseñanza del buen porvenir que contradice los sinos trágicos en las personas. Lo mejor siempre ha de venir a las personas, y, si el acontecimiento se aparta de lo esperable, habrá que hacer una interpretación específica de los hechos, acordando que no estamos para que se sobreponga la voluntad propia sino la superior, así sus formas y apariencias no se vean convenientes en el preciso instante. La expresión alentadora y recurrente “lo mejor está por venir” debe ser un “decir”, por demás, verificado en personas que nos rodean y a las que les suceden hechos buenos y

convenientes sin que en ellas tengan control en cuanto al tiempo ni los detalles de su ocurrencia.

Insisto, aguardarse en lo mejor que viene no implica quietud, sino acción del esperanzado. No sobra recalcar que el verbo esperanzar es también un verbo reflexivo, tanto como otros de primordial uso: amar – amarse y dignar- dignarse. Puedo, entonces, esperanzar y esperanzar-me. Esto último supone otra característica de la esperanza y es la particularidad de que no es ajena a testimoniarse y a promoverse permanentemente en las personas antes de que llegue la contrariedad y flaqueza en el hombre, si llegase, de lo que tampoco hay certeza.

Por su parte, plantea disruptivamente la siguiente cita, una posibilidad en cuanto al adormecimiento, a esa “anestesia dañina” que pudiera generar, en ciertos casos, la esperanza por aguardarse en lo extraordinario que suceda de la naturaleza o la deidad: “Fue la esperanza lo que destruyó a la humanidad al alejar a las personas del mundo que tenían frente a ellos. Fue la esperanza lo que impidió que la gente actuara con valor en tiempos oscuros” (Zamorano, 2021). En este artículo, el autor resalta lo mismo en cuanto al exceso de resiliencia, ajuste y esperanza del hombre ante la contrariedad, un posible “exceso de esperanza” en los judíos en los campos de concentración. El acto humano (movilización, acción) en favor de mejorar la misma circunstancia humana. Algo así como: “no te aguardes, muévete” o lo que promulga la posmodernidad positivista en cuanto a sugerir: “haz que suceda”. Pensar que las tragedias de dominación mundiales han sido postergadas por el exceso de humildad, miedo o esperanza, es, quizás, plantear a un ser vacilante y poco conocedor de su capacidad, constitución y dignidad. Mejor dicho, un ser, que perdió la línea que divide lo digno de lo indigno (sin extravío o atenuantes en lo que cada cosa significa). Es inquietante, sin duda, el planteamiento anterior. Cabe preguntarnos entonces: ¿hasta cuándo, hasta dónde y hasta qué circunstancia habrá de esperar el hombre?, ¿cuáles son los tiempos de sus dioses que se hacen distintos a los suyos?, ¿se hace meritorio y virtuoso el hecho de aguardarse eternamente?, ¿un eterno esperanzado para el que ni la muerte es la última palabra o instancia?

Volvamos a hablar un poco más del desesperanzado, de modo que, desde esa orilla, entendamos mejor sus características y evitemos

ser como el que ya no se aguarda en nada. El abatimiento puede ser evidente en quienes, de un momento a otro, se declaran desesperanzados, ese que testimonia su frustración por haberlo intentado una y otra vez y haberlo esperado una y otra vez (hacer y esperar), sin beneficio a su estado. Así mismo, ver la contravía o infortunio permanente en otros, constituye un mal testimonio en contra de lo esperable en términos de justicia, merecimiento u orden natural. Así las cosas, la desesperanza también concurre en cuanto a testimonio de aquellos a los que “nunca les asiste un acto bueno” y que nos alerta de la posibilidad de que, aun aguardándonos, nada ocurra a nuestro favor. Esa evidencia de la desesperanza en otros, la observaba, a diario, Frankl, no obstante, solo constataba el fenómeno sin dejarse avasallar: “Si un recluso fumaba se juzgaba un mal presagio. Significaba una evidente pérdida de su voluntad de vivir, la intención fatal de ‘fatal’ de sus últimos días. Declaraba su renuncia a sobrevivir, y perdida la voluntad, raramente se recuperaba” (2015, p. 38).

El recluso avasallado es motivo de una reflexión de la cual se puede tomar partido preguntándose: ¿Por qué no tiene ánimo? ¿Me comportaría yo del mismo modo? Quizás el cuestionado pueda concluir como Frankl y decir “no puedo llegar yo a tal límite”. Esto no era extraño para el psiquiatra Frankl, quien, más allá de sus habilidades terapéuticas e introspectivas, se preciaba de una cualidad en su estructura de personalidad, como lo registra en su emblemática obra:

Como quien se agarra a un clavo ardiendo, dado mi innato optimismo (que tantas veces me ha ayudado a controlar mis sentimientos, incluso en las situaciones más desesperadas), me aferré a esta idea: estos prisioneros tienen buen aspecto, aparentan buen humor e incluso se ríen. Quién sabe, quizá yo consiga ser uno de ellos (Frankl, 2015, p. 42).

Los que hablan hoy de esperanza, dicen ser esperanzados y sugieren no perder la esperanza, pese a sus buenas intenciones, no saben de lo que están hablando realmente. Cuando se aguarda en esperanza, el ser está conectando con un elemento fundamental de su existencia: la posibilidad de superar un acto en su contra. Así mismo, y trascendiendo el optimismo tan frecuente en Frankl, el esperanzado reconoce un estado que debe ser permanente y no espontáneo y ocurrente como

sí me parece el optimismo tan pregonado en los textos de motivación personal. Pregonar la esperanza se me hace más fundamental que aludir al optimismo.

¿De dónde se daba cuenta de que alguna vez alguien, antes del holocausto, fuera devuelto a la vida quizás por el capricho o buen parecer de un capitán? Alguna vez, pudo suceder, y ello tiene también la esperanza como característica: la estadística, el hecho de que un hecho salvador se pueda constatar en otros (así sea uno entre miles o millones) sirve de fundamento para aferrarse como posibilidad que asiste.

En psiquiatría hay un estado de ánimo que se denomina “ilusión del adulto”. Se trata del proceso de consolación que desarrollan los condenados a muerte antes de su ejecución; conciben la infundada esperanza de que van a ser indultados en el último minuto. Nosotros también nos aferrábamos a la esperanza, e incluso frente a la evidencia creíamos que aquello no sería tan cruel (Frankl, 2015, p. 43).

Por su parte, en *Contra toda esperanza*, el relato de Nadiezhda Mandelstam, también se narra la presencia simultánea de la contravía y la esperanza en el ánimo de Ósip Mandelstam, poeta ruso perseguido por Stalin.

Al estar signado por la muerte (sin esperanza), el desesperanzado va cayendo en el abatimiento. Perder la esperanza es perder un elemento constitutivo de la persona. Perder la esperanza es perder la persona, porque la esperanza es el hábito esencial y la vida misma del hombre. En el caso de Nadiezhda, estar condenado suponía estar muerto. “Es la esperanza un valor que no se puede perder, con su perdida, se pone en riesgo la persona misma y su existir” (Mandelstam, 2012, p. 80).

ORIGEN Y FUNDAMENTO DE LA ESPERANZA

Consideremos: ¿Quiénes han hablado de esperanza?, ¿desde cuándo?, ¿cómo la enuncian? Afirmó el filósofo y ensayista Cioran: “La utopía es una mezcla de racionalismo infantil y angelismo secularizado”. Este anuncio de Cioran se contrapone a lo que planteo de la esperanza como capacidad humana. En mi afirmación, la esperanza, al

tener la doble condición (sacra y racional), genera un movimiento en el hombre: “ayudar a que el milagro suceda”. El acontecimiento favorable y sobreviniente en el hombre no se deja únicamente al designio divino, exige de la acción humana, de que considere la posibilidad del acontecimiento que viene de la deidad que procura lo mejor y lo virtuoso para todos.

No obstante, la predisposición humana y un pesimismo colectivo legado de generación a generación conlleva esperar, intrínseca y automáticamente, lo malo, haciendo que estemos más atentos a interpretar cualquier suceso como amenaza y vulneración. Bloch es claro en el imperativo de la esperanza como sentimiento por cultivar:

“¿Quién somos? ¿de dónde venimos? ¿Adónde vamos? ¿Qué esperamos? ¿Qué nos espera? Muchos se sienten confusos tan sólo. El suelo vacila, y no saben por qué y de qué. Esta situación suya es angustia, y si se hace más determinada, miedo. Una vez alguien salió al ancho mundo para aprender qué era el miedo. En la época que acaba de pasar se ha logrado esto con mayor facilidad y más inmediatamente; este arte se ha dominado de modo terrible. Sin embargo, ha llegado el momento –si se prescinde de los causantes del miedo– de que tengamos un sentimiento más acorde con nosotros. Se trata de aprender la esperanza” (Bloch, 2004, pp. 25-26).

He aquí una pregunta insistente: ¿la esperanza se aprende o viene inserta sobrenaturalmente en el hombre como lo he planteado en mi hipótesis? Ambas situaciones son dables, a mi parecer; considero que la resiliencia o adaptación, como se denomina a la ligera, es una característica metafísica, del mismo modo que sugiero, sin lugar a dudas, que es una condición que puedo hacer permanente y voluntariamente, es asible y aprehensible; de hecho, puede hasta refinarse y considerarse antes de la adversidad, y, quien lo haga, no se llamará iluso, sino esperanzado, término que hay que resignificar para trascender su estigma de aquel o aquella que está en el abandono y al vaivén de los acontecimientos. Por el contrario, quien espera se dispone, y disponerse es un aspecto que implica salir a buscar alternativas y posibilidades que desafíen lo inconveniente. Podemos hacer de la esperanza un modo aplicable a todos los días y expectativas.

Sin embargo, en contraposición a mi planteamiento, que invita a la racionalidad y verificación de la esperanza, Arregui plantea que no debemos partir de la racionalidad y la comprensión de la esperanza para entenderla. Invita, más bien, a acontecerla sin cuestiones, a sentirla y no a pensarla:

Invitar a la esperanza no consiste en presentar “razones para esperar”. No necesitamos razones para ello. Necesitamos esperar sin razones, como respiramos o como vivimos. La esperanza verdadera, como la fe auténtica, no depende de creencias y de normas. Esperar es una forma de vivir. Esperar es ser fiel al dinamismo profundo de la vida, dejarse llevar simplemente por el Espíritu que nos habita. El Espíritu universal que todo lo une y libera, que todo lo mueve y atrae. Esperar es vivir en respiro y respeto, en libertad y comunión. Esperar es simplemente vivir, dejarse llevar por la secreta ley o, más bien, por el Espíritu de la vida (Arregi, 2015, p. 7).

No dudo de que el cultivo de las virtudes se transparenta en el rostro porque el amor y la esperanza cambian el alma, unida sustancialmente al cuerpo. Tal como he planteado con otros sentimientos y acontecimientos, se hace primordial acudir a la facultad humana de razonar (cualidad diferenciadora con otras especies), de modo que aclare, al menos una vez en la vida, los detalles de tal o cual acontecimiento; de lo contrario, la esperanza se confundiría con una mera actitud impostada o automática, como un suiche que se opera según se necesite. La esperanza es esencial, sacra y terrenal en la medida que el mismo hombre la puede verificar en su vida, al menos, una que otra vez, y, si no, abundante y sobrecogedora en la vida de otros. Es asible y sondable. No puede no serlo. Admite que sobre ella se razona y quedemos perplejos ante su acción.

La esperanza no exige una abstracción de la realidad, ello sería parecido a tener ilusión porque sí, sin fundamento. Conservar la esperanza en la contrariedad es como acompañarse con los hechos a sabiendas de que el cambio puede cambiar las reglas del juego, desde luego, la evidencia demuestra al sujeto de esperanza que puede aguardarse en una posibilidad. Sed realistas mientras los hechos sobrevienen.

El ser humano se aferra siempre al más mínimo destello de esperanza, nadie quiere despedirse de las ilusiones: mirar de frente a la vida, la realidad, es muy difícil. Un análisis sereno y unas deducciones serenas, exigen un esfuerzo realmente sobrehumano. Hay ciegos voluntarios, pero, entre aquellos que se consideran videntes, ¿quedan, acaso, muchos que no miran si no que ven? Mejor dicho, que no deforman un poco lo que ven para conservar las ilusiones y la esperanza. ¿No será eso, quizás, lo que explica nuestra vitalidad? (Mandelstam, 2012, p. 111).

Claudio Magris advierte la diferencia entre la sagrada de la esperanza y el atajo que propone el mero optimismo: “La esperanza no nace de una visión del mundo tranquilizadora y optimista, sino de la laceración de la existencia vivida y padecida sin velos, que crea una irreprimible necesidad de rescate” (ctd. En López, 2013, p. 12).

Quien acude a la esperanza trasciende el optimismo y consuelo trivial que se dice por decir y se remite a un principio constitutivo, a una verdad esencial que es aguardarse en lo bueno que deviene de una deidad creadora, de un padre y madre que quiere a su hijo y no lo dejará en medio de las afugias. En tal sentido, quien cree y se aferra, depende; esta dependencia es aceptable como pocos apegos humanos, tener y depender de la esperanza y el amor son celebraciones, instancias admitidas en el quehacer humano. Por eso, afirma Gómez Dávila que “nuestra dependencia es el fundamento inequívoco de nuestra esperanza” (2005a, p. 48).

La fragilidad y vacilación frente a la capacidad humana, pone en su lugar al hombre, que, en su vanidad, se sienta imbatible. Tener esperanza no es desafiar o retar los hechos, la vida, el destino. Tener esperanza es conservar la delicadeza, estar trémulo, pero aguardando, permanecer en el orden de la creación luego de hacer lo que, como seres vivos racionales, corresponde. La fragilidad de la persona no desvirtúa la posibilidad a su favor. Es el afligido el que mira al cielo y al infinito en espera de la ventura, porque como insiste Gómez Dávila, hay una doble característica en los hombres, el mortal vulnerable y el creyente venturoso en lo bueno y eterno: “Más que del inquietante espectáculo de la injusticia triunfante, es del contraste entre la fragilidad terrestre

de lo bello y su esencial inmortal en donde nace la esperanza de otra vida” (Gómez, 2005e, p. 79).

Una característica de la esperanza es la que consiste en revestir de movimiento el acontecer humano. Ella misma se proyecta al futuro, si bien yace en el presente. Todo acto o movilización humana lleva implícito el propósito de que venga a bien y toda acción presente se acomete albergando un fruto benigno. La vida es un torbellino de actos llenos de espera de lo bueno, aunque el pasado no haya sido halagüeño. Siempre puede pasar algo más en otra gesta que se salga con la suya dándonos la razón o dejándonos divisar un puerto o un oasis. Todo tropiezo va seguido de la esperanza que da la mano al caído para el siguiente paso, José Morales agrega:

Todo es en realidad un símbolo de la vida que el ser humano vive en la tierra, caminando hacia su destino. El hombre y la mujer son viadores por excelencia, y necesitan esperanza para ir adelante. Llegan a un sitio, que les permite divisar nuevos objetivos temporales o espirituales, y no pueden no emprender de nuevo el camino para alcanzarlos (2005, pp. 26-27).

He aquí la gran paradoja que advierto en la cuestión de: ¿qué espero? Luego de responderse, esta se sucede por la que debe ser siempre la primera cuestión: ¿de quién espero lo que espero? Responder la segunda cuestión, constituye el hecho de religarse con su creador. El esperanzado, que ha reparado en lo que constituye el ejercicio del buen aguardar, ha resuelto el verdadero orden de las cuestiones sobre la esperanza como virtud, fenómeno y capacidad, agregándole, además, el hecho de que la esperanza se haga permanente, y, en ese orden, de Dios, viene lo provechoso, lo que necesito, y viene en todo tiempo, no al final de los tiempos.

La reflexión y la contemplación son el escenario fecundo para caer en cuenta de la esencialidad de la esperanza. Hablamos de punto de partida, de referentes, de un aquí y un allá, de un estar no tan bien, a un estar bien, mejor, gracias a la deidad. Este excelente argumento para hacernos conscientes de la esperanza es reafirmado por Josef Pieper.

Hay que preguntar si la misma esperanza, de la que casi exclusivamente se habla, no acabará siendo, inevitablemente, dicho llanamente, algo problemático. Esperar no sólo significa esperar en el futuro algo bueno para quien espera, sino también tener un motivo de tal expectativa (2000, p. 164).

La no ocurrencia del hecho esperado, entonces, no significa que nunca más se invoque la posibilidad benéfica en el hombre. Eso es lo que, precisamente, tiene la esperanza, que no defrauda, al menos, definitivamente, y, si algún desaliento asiste cuando no llega el anhelado auxilio, el hombre tendrá la posibilidad de entender el porqué de tal ausencia, la esperanza debe ser un aliento renovable, no agotable:

Existe, por supuesto, la esperanza vana, y existen esperanzas que al final quedan defraudadas. Pero en cuanto me doy cuenta de la esterilidad de mi esperanza, en ese momento dejo de esperar. Por eso, dicho sea de paso, la alegría, si no pertenece a la esencia de la esperanza, la acompaña siempre. La esperanza se dirige hacia la adquisición de lo que amamos, y por esta razón no puede faltar la alegría (Pieper, 1985, p. 679).

Varias veces, he recalado una característica evidente en los amorosos, en los que entienden y practican el buen amor; y es aquella que da cuenta de que, además de enamorados, están esperanzados en el buen norte y fruto del amor. Por lo anterior, amor y esperanza están ligados como experiencia y modo. Amar y esperar son acciones buenas al hombre, el amante tiene un principio constitutivo de esperanza.

La esperanza es, como el amor, una de las más simples y primarias actitudes del viviente. Por la esperanza, el hombre, ‘con el corazón inquieto’, se esfuerza en confiada espera para alcanzar el (buen futuro) bonum arduum futurum hacia el penoso ‘aún no’ de la plenitud, tanto natural como sobrenatural (Pieper, 2017, p. 264).

Deberemos de gozar del estado de esperanza, de valorar y apreciar esa gracia y virtud, incluso, de valorar tal privilegio que nos distingue de los amargados y desconsolados. La esperanza no se agota siempre que se cultive, entienda y ejerza correctamente, siendo así, la esperan-

za se renueva. El esperanzado es humilde, en el entendido de que no se sabe autosuficiente, se reconoce dependiente de la posibilidad que viene de la sacralidad. Ahora bien, ¿se enfrenta y aniquila la utopía a la esperanza? Revisemos.

ESPERANZA Y UTOPÍA

Utopía y esperanza concurren en la dificultad de ocurrencia de un hecho. Dificultad no es imposibilidad o inconveniencia –esto último propio de la distopía–. Así las cosas, lo bueno deseable, aunque difícil, es dable, y, a ello, lo llamaremos *esperanza*.

Es la esperanza un estado de movimiento, antes que de suspensión, aun cuando, a veces, suponga quedarse quietos y en vigilia por el suceso favorable. La utopía, tanto como el hecho esperanzado, son estados a veces idealizados en la mente humana. No obstante, las ansias, la fe, y, obviamente, la esperanza, permiten que sigamos transitando (moviéndonos) en el mundo, viviendo; como insisto, el acto de esperar no es necesariamente un estado de quietud.

El estado deseable, aspiracional por el hombre, es inquietud, no estancamiento, como dice Bloch y complementa Arregi con “el respiro que nos permite ponernos de pie”, es un sueño que mantiene despierto al soñador, propiamente llamado esperanzado:

Muchas son las causas que movilizan a los hombres, unas mundanas, otras sacras y esenciales. Justamente, a estas últimas me quiero referir, pues las mundanas están sujetas al vaivén de la turbación y afán de las sociedades y los vicios, mientras que la sacralidad asiste más efectiva y certeramente a la persona y sustentan la existencia y, fundamentalmente, la voluntad y la acción humanas. La esperanza y la utopía inquietan al hombre y lo ponen en marcha, lo sacan del letargo y el abatimiento.

“¡La esperanza siempre!”, clamaba Nadiezhda Mandelstam, aun en su propia circunstancia adversa y la de su esposo, el poeta Ósip Mandelstam, porque no sabemos ni tenemos certeza de lo que pueda ocurrir, y ello implica lo desfavorable y lo favorable:

En diversos periodos insoportables de nuestra existencia, le propone a Mandelstam el suicidarnos juntos. Mis palabras suscitaban siempre un brusco rechazo por su parte. Su argumento principal era el siguiente: “¡Qué sabes tú de lo que aún puede ocurrir! La vida es un don al que nadie tiene derecho a renunciar” (Mandelstam, 2012, p. 102).

Una bella narración de Mandelstam commueve por su sencillez y como génesis de esperanza. En su traslado en tren a Solikamsk, alguien había arrojado a los vagones de los retenidos una chocolatina: “¿comprenderá alguien de las generaciones futuras lo que significaba en 1938 esa chocolatina con un cromo infantil en un asfixiante vagón-jaula lleno de condenados?” (Mandelstam, 2012, p. 99).

La chocolatina tenía un mensaje esperanzador, daba cuenta de un exterior más halagüeño, que, si bien no era el correspondiente a los presos, no dejaba de ser una posibilidad real: “Una barata chocolatina infantil que les decía que no estaban olvidados aún y que al otro lado de la cárcel aún vivía gente” (Mandelstam, 2012, p. 99).

Una particularidad de la esperanza como capacidad humana es la de que no es un asunto individual, dicho de otra forma, nada nos hace más comunes que la posibilidad de aguardarse en lo mejor que puede venir porque la esperanza le pertenece a la vida y es una propuesta de salvación y supervivencia del hombre angustiado. No es un sueño, es una senda. “Probablemente de todos nuestros sentimientos el único que no es verdaderamente nuestro es el de la esperanza. La esperanza le pertenece a la vida, es la vida misma defendiéndose” (Cortázar, 1963, p. 153).

Albergar esperanza constituye, de alguna manera, un reto, un desafío a lo dable, al mundo, a la casualidad, incluso, a la ciencia, la esperanza reta lo imposible.

La esperanza bien entendida será la nunca ciega confianza en que llegará a ser real y que razonablemente se proyecta; dicho más orteguianamente, en que arribará a buen puerto la salvación histórica de uno mismo y de su circunstancia. Así vio Ortega la realidad de la esperanza, cuando la meta de ella se mantiene dentro de los límites de lo que puede ser y lograr el esperanzado (Laín, 1993, p. 79).

La esperanza insinúa la ocurrencia del hecho y por ello trasciende la utopía. Lo sembrado es dable a ser cosechado, y, entre una y otra acción, transcurre un periodo de tiempo en el que se aguarda con alegría y sigilo. Es a eso a lo que llamo disponerse al suceso a partir de la esperanza que se me hace propia en todo momento.

La esperanza es algo que se construye, a veces trabajosamente. La esperanza no se da sin un soporte de inteligencia y de sentido moral, de atención a lo verdadero y a lo bello. El color de la esperanza es el verde, como la clorofila, porque es la esperanza lo que permite crecer mirando la luz (Gómez, 2007, p. 99).

Una tentación probable es la de caer en el ilusionismo. Pobre aquel iluso que se basta con la trampa de su mente, que acude a la ficción y al recreo mental para sentir placer. En ello no consisten ni la esperanza ni el esperanzado. El estado de aguardar con fundamento en la esperanza que nos habita está determinado por una actitud de complacencia al poner el suceso únicamente a la conveniencia de Dios y al designio que tiene para su hijo amado. No es lo mismo creer en algo por creer que creer en Dios. Yo, además de creer en un suceso a favor, sé y siento que ese suceso tiene autor. No doy todo el poder a la balsa sino a quien me envió la balsa:

En una vida como la nuestra, todos se dejan ilusionar de buena gana. La gente se esfuerza por creer en algo, aferrarse a algo para recobrar el sentido de la realidad. El ser humano, rodeado de ficciones, se refugia voluntariamente en una actividad ficticia, entabla relaciones ficticias con los demás o un amor ilusorio, con tal de tener asidero (Mandelstam, 2012, p. 348).

Hay una evidente inmediatez a optar por la ilusión, algo más fácil de concebir, entre otras cosas, porque se concibe mal, se plantea como la incidencia de la buena cara y el pensamiento recurrente de lo deseado como una garantía y prerequisito de que lo esperable sucederá, algo como “sonríe y todo se os dará”. Controvirtiendo la ligereza de caer en la simple y fácil ilusión, Gómez Dávila también se anticipa y concuerda: “Las ilusiones son las plagas del que renuncia a la esperanza” (2005c, p. 34).

Hay un tercer elemento en el que nos hace caer en cuenta Josef Pieper, además de los que he planteado como cuestiones del estado de esperanza (un qué y un de quién), el elemento que cita Pieper es lo que bien denomina como el fundamento o motivo (por qué o quién). Quiero que el suceso me sea dable y favorable porque, entre muchos fundamentos, estará el de seguir viviendo, tener una buena vida, ver crecer a mis hijos, seguir disfrutando de los míos, y, con ello, dar gracias y gloria a quien produjo lo aguardado: “El futuro sin punto de partida es vaciedad. Y una esperanza sin fundamento, sin un motivo que la preceda y nos preceda, podría muy bien llamarse desesperación” (2000, p. 164).

Establecidas esas preguntas fundamentales de qué, de quién y por qué o en qué, nos alejamos más claramente del optimismo pasajero y postmoderno, de la mueca a la ligera para hacerme ver como alegre y tranquilo, un seudo esperanzado: “El optimismo es la adulteración de la esperanza. El pesimismo su posesión viril” (Gómez, 2005a, p. 95).

Podemos colegir y proponer que, como expectativa, solo se debe avocar y albergar una que coincida con la voluntad divina. En la medida que prevalezca la expectativa mezquina, lo realizable se hace contrario a la saciedad de lo aguardado como esperanza y, quizás, lo podemos llamar la saciedad de un capricho. “Nada que satisfaga nuestras expectativas colmas nuestras esperanzas” (Gómez, 2005c, p. 86).

La esperanza es sacralidad y no lógica científica ni tendencia estadística, aunque, a veces, la estadística, como lo he planteado inicialmente, termina dando cuenta de sucesos favorables que no distingue como sagrados o extraordinarios; estos se mezclan con el esfuerzo humano ante el escepticismo y han demostrado que la causa no era la ciencia sino algo y alguien más. Ese es el misterio que llamamos *milagro*. Esto debemos recalcarlo permanentemente: La esperanza como posibilidad permanente del hombre, ello se debe enseñar por padres, docentes y alumnos:

Sin duda, reducir esperanza y fe a los términos y naturaleza del optimismo es desperdiciar la riqueza de dos estados que son en sí oportunidad de religarse con el autor del hecho esperable. El optimismo, como vengo insistiendo, es solo buena cara, y, aunque ello no venga del todo a mal en una sala de emergencias, nos hace actuar en clave de superficialidad y coincidencia, de una ocurrencia de los hechos derivada de los que dicen que lo que les ocurre (bueno o malo) es porque “les

correspondía” y “porque la vida es así”. El vago nihilismo reduce los hechos del hombre a la misma capacidad limitada del hombre y no se aguarda más que en lo probable, casi siempre y según ellos, a lo que el hombre haya podido hacer.

Aclarar el concepto sobre lo que es y no es esperanza es fundamental en el camino de tenerla a lo largo y ancho de nuestras vidas y no como salvavidas de la contrariedad. Mi propósito no ha sido el de desvirtuar el optimismo o la actitud positiva o cualquier invitación a sonreír; en mi propuesta, planteo descubrir y fortalecer un constitutivo más exelso y que yace con nosotros, que es más perdurable, que tiene que ver con la esencia, con nuestra mismidad, y no tener que matricularse en una escuela de simpatía que te sugiere pensar que todo está bien sin darte evidencias verificables de que, para ti, todo está bien. Por eso la esperanza es una particularidad, una experiencia personal, no el objetivo general de un curso.

Es importante considerar que esa esperanza yacente a lo largo y ancho de nuestras vidas, como lo he planteado, también es susceptible de tener más fundamento, uso y conciencia, a partir de la etapa madura del hombre, de modo que el ímpetu juvenil donde, a veces, se esconde el ego, la comodidad, la instantaneidad, puede abocarnos a expectativas distintas a las de la madurez o el ocaso donde es más viable la reflexión. No obstante, adquirir los fundamentos éticos, morales y la virtud desde temprana edad es un reto que tienen la familia y la sociedad.

El hombre intenta anticiparse al porvenir a su antojo, pero cultivando en esperanza debe considerar la otra posibilidad, aquella de que no es desde su mezquindad que se producen los hechos o se contraordena su destino, sino desde el ordenamiento divino. A cada uno lo que le corresponde, en el entendido de que la voluntad del creador para sus hijos siempre será en los mejores términos y acontecimientos de bienestar.

CONCLUSIONES

Hay que cultivar la esperanza porque, en sí misma, es una posibilidad, tanto como la desventura, y, en tal caso pudiese suponer que ambas están en igualdad de ocurrencia y factibilidad. Si lo primero

que se nos viene a la mente en las afugias es la posibilidad de que todo empeore o termine mal, ¿por qué no invertir la prioridad en cuanto a que ocurra algo bueno y a favor en esa misma circunstancia? Eso, quizás, es fruto de una mala educación y una tendencia fatalista, la predisposición fatalista es la falta de conciencia sobre la posibilidad de ocurrencia del designio natural y sagrado en cuanto a que todo es llevadero y superable. Uno de los propósitos humanos ha de ser aprender la esperanza. Cultivarse en esperanza es desafiar y controvertir la mezquindad y vanidad que nos supone magnánimos ante todo acontecimiento, renunciando al concurso de lo divino.

El ser humano no se puede bastar ni aguardar únicamente en la ciencia como garantía de buen resultado, debe albergarse que, junto al proceder técnico y científico, esté el suceso extraordinario, quizás inexplicable y traducible en términos de milagro o voluntad divina. Se hacen presentes dos concurrencias en el estado de expectativa. Una, de carácter terreno y humano (mientras estés vivo, haz lo que puedas a tu favor) y, otra, de carácter esencial y sagrado, (mi padre y creador solo quiere lo mejor para mí que soy su hijo). El suceso de aguardarse como esperanzado permite la observación de esos dos hechos. Ninguno se descarta porque sí.

La esperanza se puede y debe testimoniar como algo esencial y no confundible con el optimismo. El secreto evidente será el de tener siempre esperanza. De ello se dará cuenta, y, por no poderse encubrir, de ello tendrán noticia quienes estén alrededor y que emularán sin esfuerzo, ese modo virtuoso de vivir esperando lo mejor. Es evidente que el optimismo es un estado transitorio, a veces, expansivo, y, por lo tanto, fugaz y sin fundamento esencial y constitutivo. Lo que se sugiere como actitud optimista, se queda en mera postura y las posturas sucumben ante la inercia y la fuerza de la gravedad de la desidia y lo efímero.

La esperanza se puede enseñar a lo largo de la vida de la persona, y, ante todo, la pedagogía y andragogía de la esperanza se fundamentará también en el testimonio de hechos que vinieron a bien a muchos desahuciados y aniquilados por la adversidad que pudieron solventar su realidad, que no se explican únicamente con argumentos lógicos, sino, fundamentalmente, con motivos metafísicos y sagrados. El hom-

bre está más o menos consciente y atento a los hechos que le anticipen un suceso que el día de mañana sea atinente a Él. Por ello empatiza con lo que ocurre, no obstante, a veces, puede más la tendencia a generalizar la desgracia, el pesimismo y el nihilismo ante el porvenir. Es urgente incluir la esperanza en todos los ambientes de aprendizaje dentro de lo deseable, la autonomía, la materialización de una meta, la prospectiva, el plan de vida. Hay que hablar de la esperanza como un hecho probable y cierto.

La esperanza, bien pudiera decirse, es un mecanismo de defensa de todo ser humano que le hace continuar y persistir en su existencia con plenitud y conciencia, sin ansiedad ni contradicción, aguardante y comprensible, dispuesto a los acontecimientos, pero con confianza en lo favorable. El esperanzado vive imperturbable por la angustia y la desazón porque cosecha posibilidad, previamente, se ha cultivado en la fe y ha auscultado la esperanza como un concepto profundo. Si bien la posibilidad no constituye certeza, dispone a lo bueno de llegar, y, por consiguiente, sugiere un estado anímico positivo, pero, en este caso, fundamentado.

El esperanzado tiene una doble condición (espera un acontecimiento y lo espera de alguien o algo); un creador, actor, artífice. Dado lo anterior, la esperanza es una reflexión que involucra en sí varias preguntas: ¿Qué espero? ¿Por qué lo espero? ¿De quién o quienes depende o ha de venir, lo que espero? ¿Qué paciencia o capacidad de espera tengo en cuanto a lo esperado? El qué espero conlleva una esencial pregunta que, para el hombre inspirado en la fe, debiera ser la primera cuestión a ratificar: ¿de quién espero lo que espero? Y no menos importante está la tercera pregunta: ¿cómo espero lo que espero? Quedan en evidencia: el hecho esperado que supongo bueno, el origen del hecho esperado y las características en el modo del esperanzado.

REFERENCIAS

- ARREGI OLAIZOLA, J. (2015). *Invitación a la esperanza*. Edición digital: Herder.
BLOCH, E. (1977). *El principio esperanza Tomo 1*. Madrid: Aguilar.
BLOCH, E. (2004). *El principio esperanza*. Madrid: Trotta.

- CABRAL, F. (1971). *No Soy De Aquí*. En *No Soy De Aquí* [LP] Buenos Aires, Argentina: Estudios Odeon.
- CORTÁZAR, J. (1963). *Rayuela*. Madrid: Editorial Sudamericana S.A.
- FRANKL, V. (2015). *El hombre en busca de sentido*. Barcelona: Herder.
- GIUSSANI, L. (1998). *Llevar la esperanza*. Madrid: Encuentro.
- GÓMEZ DÁVILA, N. (2002). *Textos*. Bogotá: Villegas Editores.
- GÓMEZ DÁVILA, N. (2005a). *Escolios a un texto implícito I*. Bogotá: Villegas Editores.
- GÓMEZ DÁVILA, N. (2005b). *Escolios a un texto implícito II*. Bogotá: Villegas Editores.
- GÓMEZ DÁVILA, N. (2005c). *Nuevos escolios a un texto implícito I*. Bogotá: Villegas Editores.
- GÓMEZ DÁVILA, N. (2005d). *Nuevos escolios a un texto implícito II*. Bogotá: Villegas Editores.
- GÓMEZ DÁVILA, N. (2005e). *Sucesivos escolios a un texto implícito*. Bogotá: Villegas Editores.
- GÓMEZ PÉREZ, R. (2007). *Decadencia y esperanza. Claves para entender nuestro tiempo*. Madrid: RIALP.
- GRIMAL, P. (1965). *Diccionario de mitología griega y romana*. Barcelona: Herder.
- HAAG, H.; BORN, A. van den, y AUSEJO, S. de (1963). *Diccionario de la biblia*. Barcelona: Herder.
- LAÍN ENTRALGO, P. (1993). *Esperanza en tiempo de crisis*. Madrid: Círculo de Lectores.
- LÓPEZ CASANOVA, I. (2013). *Pensadoras del siglo XX. Una filosofía de esperanza para el siglo XXI*. Madrid: RIALP.
- MANDELSTAM, N. (2012). *Contra toda esperanza*. Barcelona: Acantilado.
- MITRE, B. (Trad.). (1894). *La Divina Comedia de Dante Alighieri*. Buenos Aires: Editor Jacobo Peuser.
- MORALES, J. (2005). *El hombre nuevo*. Madrid: Patmos.
- ORTEGA Y GASSET, J. (2014). *Tríptico. Pidiendo un Goethe desde dentro*. Madrid: Gredos.
- PIEPER, J. (1985). Esperanza e historia. En Aranda, Antonio, ed. VI Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra (pp. 677-693). Pamplona, Universidad de Navarra.
- PIEPER, J. (2000). ¿Futuro sin punto de partida y esperanza sin fundamento? En *La fe ante el reto de la cultura contemporánea* (pp. 150-164). Madrid: RIALP.
- (2017). *Las virtudes fundamentales*. Madrid: RIALP.
- RATZINGER, J. (2018). *Mirar a Cristo. Ejercicios de Fe, Esperanza y Caridad*. Madrid: Encuentro.

- RIELO, F. (2012). *Concepción mística de la antropología*. Madrid: Fundación Fernando Rielo.
- WRIGLEY, T. (2003). *Escuelas para la esperanza. Una nueva agenda para la renovación*. Madrid: Morata.
- ZAMORANO, E. (17 de octubre de 2021). No tengas esperanza si quieres cambiar las cosas, como Hannah Arendt. *El Confidencial*. Recuperado de: https://www.elconfidencial.com/alma-corazon-vida/2021-10-17/hannah-arendt-no-tengas-esperanza-historia_3304767/

SERGIO MOLINA